

El inicio amargo de algunos principiantes

Se acaba la facultad. Hay que poner un pie en el mercado profesional. Pero fuera llueve, arrecia. Humillaciones, horarios sin horario, salarios ínfimos, trabajos basura. Es el panorama desolador que se encuentran los recién licenciados. Jóvenes, y también sobradamente preparados. Un escenario áspero que todo el mundo conoce pero casi nunca se divulga. Y menos en un medio de comunicación. Porque son ellos quienes también participan de un juego en el que no están dispuestos a perder.

Los sueños no siempre se cumplen y, a veces, no son más que eso, simples sueños. El periodismo, ese arte de contar la realidad tal y como es, es el sueño de miles de jóvenes que luchan por hacerse un hueco en el mercado laboral. Algunos lo consiguen. Desgraciadamente, otros no. Pero la mayoría en algún momento ha encontrado obstáculos en este difícil camino.

Ésta es la realidad de los medios de comunicación españoles. El reflejo del día a día de las redacciones contado por jóvenes periodistas. Lo que

se esconde tras los medios de comunicación –algunos muy poderosos–, lo que se cuece en sus redacciones, los contratos que se firman, las promesas que no se cumplen, las relaciones laborales con compañeros y superiores, la desilusión por la profesión para muchos. Ésta es la experiencia vivida por ocho periodistas en varios medios de comunicación. Ocho relatos que bien podrían resumir cómo se halla la profesión hoy en día para cientos de licenciados que salen cada año de las facultades de Periodismo españolas. Por eso, sus nombres rea-

les no importan. Prefieren ocultar su identidad, no su caso. Testimonios singulares pero con vocación general: de ahí que les identifiquemos con las letras sucesivas del alfabeto. Pero a veces ellos mismos se han sentido como algo peor que meras letras. Les han tratado como números.



“Cuando volvía a Madrid, en el avión, sentí que había fracasado. Había tenido la oportunidad de empezar a labrarme un futuro profesional y esa oportunidad la había desaprovechado. No podía contener la rabia. He luchado al máximo y por una persona se ha truncado todo”.

Una experiencia “traumática”, de la que A ha aprendido quizá más de lo que hubiera querido. Al menos eso piensa ahora, en la distancia. Comenzó a trabajar como becario en la edición de Madrid del ‘Diario Rojo’ durante los meses de julio y agosto de 2005. Seis meses después, surgió en la redacción la posibilidad de trabajar como corresponsal en una delegación del periódico. Aceptó e hizo una prueba de acceso por Internet. Todo pasó muy deprisa. “Prácticamente

una semana después de decidir que me presentaba a la prueba, estaba volando rumbo a mi destino”.

Primera sorpresa: la firma del contrato. “Me lo gestionaban a través de una ETT [Empresa de Trabajo Temporal], cuando me habían prometido en Madrid que sería a través del propio periódico”. Condiciones engañosamente iguales. La mediación de una ETT suponía varias desventajas para A. Por ejemplo, con su contrato no tenía derecho a una ayuda económica del 50% para el piso que tuvo que alquilar durante su estancia en la ciudad, ni tampoco tenía derecho a billetes para viajar a Madrid con más frecuencia. A pesar de todos los inconvenientes, aceptó la oferta: “Después de haber llegado hasta aquí, ¿qué otra cosa podía hacer?”.

Sin embargo, lo peor aún estaba por llegar. En la Delegación, tan sólo dos personas formaban el equipo de redacción. “Yo trabajaba 40 horas semanales. Empezaba a las nueve y media y sobre la una del mediodía para para comer, pero de una a tres, tenía que estar pendiente de la radio. Después, seguía trabajando hasta el cierre del periódico, en torno a las once o doce de la noche”. No era todo. A se ocupaba también de la coordinación con otras delegaciones cuando su jefe no estaba. “Trabajaba muchos fines de semana y libraba dos días entre semana. Las horas extras no me las pagaban. Cobraba 720 euros al mes. Y no podías quejarte —aña-

de—. Recuerdo las palabras de mi jefe: ‘No te quejes. Eres periodista’. Pero claro, ni su sueldo ni sus condiciones laborales eran comparables a las mías”.

“Al menos, el trabajo en el diario me gustaba”. Una guinda envenenada. Cubrir partidos de fútbol, escribir crónicas: aquello con lo que A había soñado. Pero pronto el sueño se convirtió en pesadilla. “Un día todo cambió. La emisora local, ‘Azul Televisión’, dio a conocer que los jugadores de determinado equipo habían cobrado una prima. Llamé al corresponsal de su ciudad para contrastar la información. Desde la corresponsalía, no se había cubierto el tema. Contacté con mi jefe y le puse al corriente de todo. Le recalqué mi conversación con el corresponsal. Él me dijo que había que incluir esa noticia en el periódico como fuera. De hecho, quería abrir con ella. Se envió tal cual a Madrid y se publicó”. Un bombazo informativo pero que topaba con la censura: ‘Azul Televisión’ y la empresa de ‘Diario Rojo’ se hallaban en pie de guerra: “Al día siguiente, el responsable de comunicación de ‘Diario Rojo’ llamó a mi jefe pidiéndole explicaciones”. La respuesta no se hizo esperar. A recibió los duros reproches de su jefe, los insultos, la humillación. Otra vez más. Le pedía cuentas de una decisión que había tomado él mismo. “Me chillaba, me gritaba: ‘¿Me estás acusando de manipulador y mentiroso? No has hecho caso de lo que te di-

je’. Yo no podía defenderme. No hubo ningún acuerdo. Tan sólo le interesaba quedar limpio de culpas”.

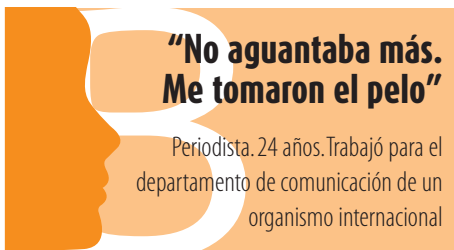
Aquello cambió por completo la relación con su redactor jefe porque desde entonces éste le exigía comprobar las páginas que A escribía antes de enviarlas al cierre. “Como castigo, me prohibió firmar las informaciones. Decía que tenía que poner únicamente mis iniciales”.

A los pocos días y a través de la propia ETT, A supo que su contrato había sido rescindido antes de tiempo. Cuando volvió a la Redacción y pidió explicaciones a su jefe, le enumeró los motivos: falta de motivación, lentitud y falta de productividad. “Deberías estar agradecido por haberte dicho esto. No tenía por qué hacerlo”. Y una última apostilla, un remache con sorna: “Espero que hables bien de mí”. A cerró la puerta sin despedirse. “En aquel momento, tenía una horrible sensación de hundimiento total. Se aprovecharon de mi ilusión. Me explotaron. Fue una experiencia traumática. Todos los días era una batalla contra mi jefe. La dinámica diaria eran las discusiones, los gritos”.

A relata la moraleja de su paso por ‘Diario Rojo’ con amargura. Con mal sabor: “Pero de todo se aprende en esta vida: hasta de tratar con un jefe agresivo que sólo busca la discusión y el conflicto. Yo iba advertido desde Madrid. Me habían dicho que tenía un carácter rudo y que era complica-

do trabajar con él porque no acepta la crítica. Siempre cree tener razón. De hecho, le trasladaron de Madrid al norte y de allí hasta donde yo lo conocí porque no le aguantaba nadie. Aquí le llamaban Curro Jiménez”.

Dos meses permaneció A en la ciudad trabajando para ‘Diario Rojo’. Tuvo que pagar incluso su billete de vuelta a la capital porque su jefe se desentendió del tema. Aunque en Madrid le apoyaron, ya no quiere saber nada más de ellos.



A Be no la echaron. Ella se fue. No aguantaba más. “Me tomaron el pelo. Fueron muy desagradecidos en el trato”. Entrar a formar parte del departamento de comunicación de un organismo internacional se convirtió durante poco tiempo en la gran ilusión de su vida. Be aceptó trabajar como voluntaria en este departamento para completar su formación y currículum. “Para mí, aquella experiencia fue una decepción muy grande”, relata. “Me gustaba el trabajo por los valores e ideales que defendía, por lo que suponía esa campaña. De hecho, siempre pensé que aquel proyecto me

importaba más a mí que a mi propio jefe”.

‘Objetivos del Milenio’ fue la campaña para la que Be colaboró durante cuatro meses, pero cuando vio el tipo de trabajo que debía desempeñar, se dio cuenta de que lo que allí realmente necesitaban era un profesional, no un estudiante: “Buscaban a una persona con contactos, que tuviera experiencia en tratar con medios de comunicación porque había que difundir la campaña entre los medios. Pero claro, también buscaban a alguien que no cobrara por ese trabajo. Lo único que podían encontrar era un estudiante”. Be estaba en quinto curso de Periodismo y la ilusión le movió a aceptar aquel trabajo: “No tenía contrato. Todo fue de palabra y cuando vi la responsabilidad de mi función les pedí que me pagaran pero siempre me daban largas”.

Pero otro de los objetivos de la campaña del organismo internacional era la política de gasto cero: “No tenía oficina, ni espacio físico al que acudir a trabajar. Lo hacía todo desde casa, desde mi ordenador. Yo pagaba la conexión a Internet”, subraya Be. “Aguanté porque pensé que las cosas cambiarían ya que era una campaña a largo plazo pero no fue así. Fue desastroso”.

Be encontró otra beca en un medio diferente, con mejores condiciones y más expectativas profesionales y avisó al responsable de comunicación que dejaba el trabajo: “Yo le plan-

teé seguir en contacto pero me dijo que no, que cuando acabara la beca me llamaría. Nunca lo hizo. Sin embargo, antes de irme, le llevé el resultado de mi trabajo en un CD. Mi jefe estaba realmente sorprendido: '¡Qué pasada! Has trabajado muchísimo'. Me prometió que me enviaría toda la información que fuera remitiendo a los medios de comunicación. Nunca lo hizo". Be se sintió engañada, convencida de que todo esfuerzo había resultado inútil: "Fue una decepción. He hecho prácticas desde primero de carrera. Incluso he pagado por hacer prácticas. Viajé un verano a Irlanda a coger experiencia. Y todo, ¿para qué? ¿Hasta qué punto ha merecido la pena tantos veranos sacrificados, tantos disgustos?".



"En el 'Diario Azul', sólo unos pocos afortunados consiguen un contrato laboral. Lo más común es pasar de becario a colaborador. Éste es mi caso: facturamos al periódico todos los meses para obtener un sueldo fijo, pero luego cada persona cobra una cantidad distinta. Lo habitual, 300 euros o 400 euros al mes, aunque los más

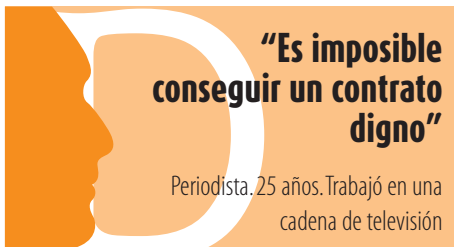
privilegiados pueden llegar a cobrar unos 1.000 euros al mes. Depende de quién te apadrine".

Ce lleva varios años formando parte de la redacción del 'Diario Azul'. Habla del periódico con dureza, pero lo que realmente transmite con sus palabras es tristeza y resignación. Como la mayor parte de los periodistas, entró a través de un acuerdo con su universidad cuando estaba finalizando la carrera. "Lo más fácil aquí es entrar como becario mientras eres estudiante. Cuando te cogen como becario no cobras nada hasta que llega el verano. Entonces, de junio a agosto, te pagan unos 300 euros al mes. Es decir, que cuanto más cerca del verano te incorpores, mejor porque así estarás menos tiempo sin cobrar".

Acabó el verano. Llegó octubre y Ce continuó trabajando en 'Diario Azul', pero como el período estival ya había finalizado, dejó de percibir los 300 euros de la beca hasta que llegó el verano siguiente. "Cuando llegas a ese punto te hacen colaborador, o si por el contrario aún sigues estudiando, vuelves a tu condición de becario. Ése fue mi caso". Pero por esa clase social había que pagar un peaje: "Ser becario en 'Diario Azul' significa que estás en el periódico todo el día. El caso de los colaboradores es distinto. Legalmente, el colaborador puede trabajar como máximo 20 horas a la semana, pero el becario no tiene límite de horas porque se supone que está aprendiendo, de modo que hay be-

carios que incluso trabajan más horas que los colaboradores”.

Ce ha intentado cambiar de medio en estos años pero aún no lo ha conseguido: “Después de estudiar cinco años de Periodismo, deseo irme de aquí. Siento desgana por el trabajo. Al principio me llenaba, pero ahora me siento infravalorada. Necesito que económicamente valoren mi trabajo. En la redacción se palpa la falta de reconocimiento, la falta de motivación de los redactores. La gente huye a su casa en cuanto es su hora. En definitiva, no haces nada por una empresa que no hace nada por ti. Es una situación totalmente indigna. Yo creo que ‘Diario Azul’ se aprovecha del exceso de demanda de trabajo porque se nutre de gente inexperta que desea hacer currículum y saben que si lo rechazas, habrá otro estudiante dispuesto a entrar”.



En ‘Televisión Verde’, la mayor parte de los redactores tiene su primer contacto con esta emisora local a través de un convenio con las facultades de periodismo, especialmente con aquellas que pertenecen a universidades

cercanas a la doctrina católica. “Entras y lo único que quieres es aprender. Percibes 180 euros al mes durante la beca. Trabajas los cinco días a la semana y el horario normal es de diez de la mañana a ocho y media de la tarde, con una hora como mucho para comer. Las becas duran de tres a seis meses”.

La peor época del año para los becarios de ‘Televisión Verde’ está ligada a la llegada del verano. “Es todavía peor porque como los becarios son estudiantes y en verano no hay clases, se tiran allí todo el día”. De asegura que las jornadas laborales, a pesar de lo que esté escrito en el contrato, no bajan de 10 horas: “El turno de mañana entraba a las seis y casi siempre salía a las cinco de la tarde. El ambiente en la Redacción no es bueno, ni siquiera la Redacción está unida”, añade De. ‘La gente está muy quemada, se queja mucho. He visto salir llorando a varios becarios de la Redacción en sus primeras semanas. Aquí la gente se mata por trabajar, pero esta empresa te exprime, se aprovecha de tu ilusión”.

Sus años de trabajo en ‘Televisión Verde’ le han permitido ver casi de todo: “Te cambian de turno cuando quieren. Ahora hay informativos los fines de semana y no te pagan más por ese turno. Para ahorrarse ese dinero, han establecido turnos rotatorios porque tampoco han querido ampliar la plantilla. Ha habido semanas en las que hemos trabajado hasta 10

días seguidos. Y no te puedes negar. Si lo haces, ya sabes dónde está la puerta”.

Período de beca aprobado. Siguiendo el paso, firmar un contrato de seis meses. Ésa es la opción A, “otra especie de beca, pero por la que obtienes el doble. Es decir, 360 euros al mes”. Si el redactor pertenece a informativos, le pueden ofrecer un contrato más “digno”. “Sí, puede ocurrir. En ese caso, cotizas a la Seguridad Social y tu sueldo ronda los 13.000 euros brutos al año”. Opción B: obtener un contrato de obra o servicio en el Área de Programas. Otro fraude: “Cobras lo mismo y dura una temporada. Cuando acaba, despiden a todos los redactores, cogen a becarios para verano y después, cuando llega octubre, vuelven a contratar a los redactores que previamente habían echado”.



La ilusión con la que pisó aquel estudio por primera vez se tornó en desilusión y hastío conforme avanzaban los días. “Me pareció una auténtica vergüenza. Una tomadura de pelo. ¿De qué sirve tanto nombre?”. Así reconoce E haberse sentido cuando

aceptó unas prácticas en el gabinete de comunicación de una diseñadora de moda. “Evidentemente, yo sabía que no me iban a pagar. Eso me lo dijeron el primer día, pero si me llegan a decir en qué iban a consistir las prácticas, desde luego que ni las acepto”.

Aunque ha pasado mucho tiempo, hay momentos que no podrá olvidar. Por ejemplo, el primer día: “Nada más entrar por la puerta, la jefa de prensa me llevó directamente a un ordenador y me puso a copiar CD. Así estuve toda la semana. Mañana y tarde. Pude realizar durante esos días hasta 300 copias”. Asegura que intentaba hacer esa tarea lo más deprisa posible para que delegaran en ella otro tipo de funciones. “Las funciones llegaron. A la tercera semana, abría la puerta del estudio, cogía el teléfono, llevaba a Correos paquetes y ensoyaba cientos de invitaciones para todos los periodistas e invitados a la Pasarela Cibeles. Me limitaba a hacer labores de secretaria”.

E sentía una gran decepción día tras día. Soñaba con aprender a redactar notas de prensa, a elaborar dossieres, a convocar a los medios para los desfiles. Sin embargo, el clan de la diseñadora optó por impartir un corto curso de comunicación corporativa: “Me tiré prácticamente dos meses copiando fotografías de los desfiles de un CD a otro. Yo sólo quería aprender, empapararme de todo. Hablé con la jefa de prensa para hacer otras

cosas pero siempre me daba largas”. Dos meses después, cuando las prácticas acabaron, se marchó. “Lo más fuerte de todo es que el teléfono no paraba de sonar. ¡Eran chicas que solicitaban esas mismas prácticas! No podía creerlo”.



“Las primeras semanas no dormía del estrés, de todo lo que había que hacer. Por las noches, no conseguía relajarme. Era horrible. Nada motivador. Exigía mucho esfuerzo y me sentía frustrada. No aprendí casi y encima casi perdí dinero”.

Efe entró por primera vez en la emisora de ‘Radio Morada’ con muchísima ilusión. Se incorporó a su gabinete de comunicación en el verano de 2004. “Recuerdo que había mucho cambio en la plantilla de ‘Radio Morada’ y que buscaban urgentemente a una persona para el mes de septiembre. Bueno, en realidad buscaban a tres profesionales en una sola persona: una secretaria, una redactora y un responsable que llevara la comunicación interna y externa de la emisora. Me cogieron a mí”.

‘Radio Morada’ optó por sumar

tres funciones en una. Pero en sus cuentas también incluía más sumas: las de las horas: “Entraba a las siete de la mañana y salía a las tres de la tarde. No me levantaba de la silla en toda la mañana”. La radio sabía sumar... Y también restar, recortar sueldos: “Tenía un contrato de becaria. Cobraba 180 euros al mes, unos seis euros diarios, por un horario excesivo. Gastaba casi más en gasolina de lo que ganaba. Yo tenía muchas dudas sobre mis funciones y allí nadie me explicaba nada”.

Efe prefiere no recordar. La voz se le quiebra cuando lo hace. “Aquello era una explotación. Yo creo que ha sido la beca más injusta que he tenido: en la que menos he aprendido y en la que más he trabajado. Ves que hay posibilidades de quedarte porque cuando yo me fui, se quedaba sólo un jefe de prensa y era imposible que todas las funciones pudiera hacerlas una sola persona. Lo que hacen es delegar en los becarios las funciones que no son propias de ellos”.

Aunque reconoce haber tenido un responsable accesible y cercano, no podía consultarle las dudas que tenía en relación a su trabajo porque desconocía cómo resolverlas. “Cada vez que tenía que preguntar algo, llamaba a la chica que había estado haciendo las mismas funciones que yo el mes anterior”. Primer reto: hacer los dossieres y dejar una copia antes de las diez de la mañana sobre las mesas de los despachos. “Yo lo entregaba a las

once porque nadie me había dicho que tuvieran que estar antes de las diez. En aquellos días oía a varias personas quejarse por el retraso y poniéndome verde”.

Fiel a su interés por aprender la forma de trabajar en un gabinete de comunicación, Efe no desistió en su empeño por aprender y decidió continuar hasta el final. “Lo acepté porque nunca estuve en un gabinete de comunicación. Era una de las piezas que me faltaban por tocar.”

A finales de septiembre, concluyó la beca: “Cuando acabé, no me sentí bien. Me arrepentí de haberla cogido porque acabé muy quemada. De hecho, durante los dos siguientes meses no quise saber nada de trabajo”.



“Nunca pensé que aquello pudiera acabar como acabó, con abogados de por medio.” Ge fue contratada por ‘Grupo Editorial Naranja’ como coordinadora de varias de sus revistas, tras un duro proceso de selección. Firmó un contrato de sustitución por maternidad, lo que suponía cuatro meses de trabajo. Estaba feliz, pero debido a la corta duración de ese contrato,

siguió buscando trabajo y lo encontró. Llevaba en la empresa 20 días y avisó con otros cuatro de antelación antes de abandonar su puesto.

Mes y medio después aún no había recibido el finiquito. Primera y desagradable sorpresa. La segunda llegó cuando el personal de Recursos Humanos le comunicó que no recibiría ni un solo euro por haber trabajado allí. “Según la empresa, el preaviso tenía que ser de al menos un mes”. La guinda llegó al conocer que los motivos estaban escritos en un reglamento totalmente desconocido para ella: el Convenio de Artes Gráficas, por el que se regía la compañía. “Tú has trabajado 20 días y nos has avisado con cuatro de antelación. Según nuestros cálculos, tienes que pagarnos seis días de trabajo para completar el mes de preaviso”. Ge recurrió a los compañeros, quienes le comentaron que no era la primera vez que ocurría algo así. La única solución era acudir a un abogado. “Me dijo que efectivamente el preaviso según ese convenio debía hacerse con 30 días de antelación, pero al estar yo en período de prueba [según mi contrato, el primer mes así era], no existía ninguna obligación de avisar con antelación, ni siquiera con un día”.

La esperanza de resolver el conflicto se esfumó ante la tentativa de la empresa por aceptar 200 euros y olvidarlo todo. El escenario, el Tribunal de Conciliación de la Comunidad de Madrid. “No acepté porque según mis

cálculos, me debían unos 1.000 euros”.

Agotadas todas las vías, sólo quedaba denunciar, pero ni los ánimos ni sus planes de viajar al extranjero acompañaban. “Sólo con la idea de pensar que casi llego a juicio con la empresa, me revuelvo”. Así que intentó olvidarlo. Y lo consiguió pero sólo durante un año. Aún quedaba una última sorpresa por llegar. En el buzón encontró el certificado de retenciones del año anterior. ‘Editorial Naranja’ afirmaba haber mantenido una relación laboral con ella por la que Ge habría cobrado 500 euros. 500 euros que Ge tuvo que declarar al Ministerio de Hacienda, 500 euros que jamás había recibido.



Hache aún no se ha recuperado de su última decepción laboral. Aún le tiembla la voz cuando recuerda lo ocurrido y casi le cuesta una depresión. “Me llamaron de ‘Productora Esmeralda’ para trabajar en un *reality* como catalogador-redactor”. No hubo entrevista, tan sólo tuvo que enviar el currículum y ese mismo día le confirmaron que se incorporaba al

equipo a la mañana siguiente. “No me dieron detalles de las condiciones laborales, tan sólo me dijeron que mi sueldo sería de 1.000 euros brutos al mes. Me dijeron que me lo contarían todo cuando me incorporara. Tan sólo me pidieron mi número de la Seguridad Social para darme de alta”.

Domingo. Ocho de la mañana. Primer día de trabajo en ‘Productora Esmeralda’. Nada más pisar la Redacción, el editor de noche le dio una peculiar bienvenida: “Bienvenido al infierno”, le dijo. No se lo tomó al pie de la letra, aunque bien podría haberlo hecho. A continuación una compañera le explicó el *planning* con los turnos de trabajo. “Eran turnos rotatorios de ocho horas y se cubrían las 24 horas del día. Había un turno nocturno del que a mí nadie me había hablado y que yo tenía que cubrir. Me dijeron también que no tendría categoría de redactor, sino de auxiliar y por tanto, mi sueldo rondaría los 900 euros brutos al mes. Me habían engañado en todo”.

En un ambiente tenso, Hache no dudó en hablar con el responsable pensando que podría tratarse de un malentendido, pero de nada sirvió. “Casi gritándome, me acusaron de mentir, de habérmelo explicado todo por teléfono. Yo sólo quería que me contrataran como redactor, que era lo que me habían prometido. Yo me sentía fatal. No podía defenderme”. ‘Productora Esmeralda’ no bajó la guardia y Hache no aceptó el traba-

Menores de 26 años
y con un buen expediente
académico, enfrentados
a la precariedad laboral,
el engaño, la explotación
soterrada, el enchufismo,
la falta de promoción
y de reconocimiento.
Son los nuevos periodistas.

jo. “Me sentí engañado. Estafado. Muy mal porque desde que me he licenciado no me ha servido para nada. He trabajado desde que empecé la carrera para optar a algo mejor. No quiero más contratos basura. Creo que merezco algo más”.

No miente. Hache ha cumplido con su hoja de servicios a los 25 años: acaba de recibir el Premio Extraordinario de Licenciatura y Diplomatura de la Universidad Complutense de Madrid como segundo mejor expediente de su promoción; habla dos idio-

mas, inglés y alemán, y ha realizado prácticas desde primero de carrera en Canal 24 Horas, en varios periódicos locales de la zona sur de Madrid, en Punto Radio y en Telecinco. Además, ha apostado por una vía paralela al ejercicio de la profesión, la investigación: Hache está cursando estudios de doctorado en el departamento de Historia de la Comunicación Social de su Facultad. El currículum de Hache está aprobado, y con nota. A ‘Productora Esmeralda’, en cambio, no hay forma de salvarle el suspenso bajo.

Estos ocho casos son la radiografía de las redacciones españolas. Todos ellos, letras anónimas de un alfabeto que no sólo tendría 28 letras, tienen en común ser menores de 26 años, tener un buen expediente académico y haber realizado prácticas durante la carrera. Y algo más: tener pasión por el periodismo. Pero el periodismo les ha mostrado su peor cara. La de una profesión empantanaada en la precariedad laboral, en el engaño, en la explotación soterrada, en el enchufismo, en la falta de promoción, en la falta de reconocimiento. A, Be, Ce, De, E, Efe, Ge y Hache aman su profesión, y por eso quieren defenderla, sanearla. Y saben que no son sólo ocho personas. Porque saben que comparten su primera bofetada del mercado laboral con cientos de recién licenciados. Y por eso ya están hartos. Ahora les toca patalear, hasta que les oigan. 